

La revolución que nunca existió

Por Jorge A. Sanguinety

Ahora que faltan pocos días para llegar al año cincuenta de la era castrista, creo que podemos hacer un nuevo intento de desmitificar la llamada revolución cubana. Si me preguntaran cuál yo creo que ha sido el mayor triunfo de Fidel Castro desde su asalto a la nación, yo respondería que fue hacerle creer a una buena parte del mundo que él dirigió un movimiento social a favor de los desposeídos. Amigos y detractores por igual cometieron el error de tomar en serio la revolución cubana como si fuera una respuesta, errada o no, al problema de la pobreza y la injusticia social crónicas. Algunos incluso trataron y todavía tratan de emularla como una solución “progresista” para mejorar las condiciones de vida de algunas sociedades. Sin embargo cuando empezamos a indagar fría, paciente y cuidadosamente en su naturaleza íntima y en sus resultados, surge un cuadro distinto al proceso épico que Fidel Castro trató de vender incluso desde antes de su advenimiento como gobernante y dueño de todo un país.

La indagación tiene que ser fría porque la secuencia y acumulación de engaños y traiciones que Fidel Castro llevó a cabo contra los cubanos, incluyendo sus propios colaboradores, despiertan una profunda indignación hasta el punto de nublar el entendimiento y la capacidad de analizar racionalmente este proceso. También tiene que ser paciente porque la falta de información (más la desinformación del propio Castro y sus servicios de seguridad) sobre los sucesos más relevantes y la profundidad y extensión del proceso nos obliga a dedicar mucho tiempo a recopilar los datos necesarios para evaluar lo que han significado todos estos años en la historia de la nación y sociedad cubanas. Y cuidadosa porque la elevada complejidad del comportamiento humano puede conducirnos a explicaciones e interpretaciones erradas que nos impiden comprender cabalmente lo que ha sucedido y extraer las lecciones que se necesitan para evitar que esta dolorosa experiencia se repita en Cuba o en otros países. Sobre estas bases, algunos de los hechos de mayor significación para probar la tesis de que la revolución no ha sido un movimiento de reformas sociales son los siguientes:

Desde los inicios de su gobierno, Castro demostró un gran desinterés en el desarrollo económico del país, primero restándole apoyo a los planes (de por sí descabellados) de industrialización de Ernesto Che Guevara, después dejando sin definir una política de desarrollo económico para Cuba, mientras maximizaba la concentración de todos los poderes económicos y políticos en sus manos. Tales poderes se aplicaron para propiciar la liquidación o salida del país de todos aquellos cubanos que se oponían al régimen, el desarrollo de un gran poderío militar y de las fuerzas represivas internas y la restricción de la actividad económica nacional hasta niveles de subsistencia. La economía, en lugar de desarrollarse, se utilizó como un instrumento esencial en el control y la represión de los cubanos. También desde sus inicios, pero como una parte del proceso, Cuba necesitó subsidios crecientes de la Unión Soviética no sólo para mantener un mínimo de actividad económica, sino también para desarrollar sus sectores militares y de seguridad interna, además de financiar y apoyar varios movimientos subversivos en América Latina.

La década del setenta y parte de la siguiente fue de gran actividad internacionalista para Castro con sus entretenimientos militares en Africa, mientras no había intento alguno de liberar al país de su dependencia de los subsidios soviéticos mediante esfuerzos reformistas en su economía. Esta inmovilidad hace que Castro se vea sorprendido por la desaparición del bloque socialista y la subsiguiente desintegración de la Unión Soviética. La economía castrista se queda al desnudo, teniendo que enfrentar una crisis que, de no ser por las medidas de ajuste que Castro aceptó implantar a regañadientes entre 1993 y 1994, hubiera podido dar al traste con el régimen. Después de superar esa crisis es cuando más claramente se observa la verdadera naturaleza de ese proceso que suele llamarse la revolución cubana.

Desde entonces el régimen cubano se convierte en un verdadero estudio de gobernación por inmovilidad, mientras el país continúa su evolución degenerativa. Los relatos recientes de un número creciente de desertores cubanos nos permiten ver más de cerca y con mayor detalle la naturaleza íntima del sistema. Nunca se ha podido ver con tanta claridad que Fidel Castro vive y opera como un reaccionario magnate retirado, virtual propietario de todo un país y completamente indiferente a la situación que vienen sufriendo los cubanos y que podría aliviarse con algunas modestas reformas internas.

Todo esto contradice el papel que él mismo se adjudicó como líder de un movimiento redentor admirado por muchos. Los hechos mencionados arriba son más congruentes con la agenda de alguien que quería saquear al país aprovechándose de sus muchas debilidades institucionales para hacerlo, aunque disfrazara el movimiento como una revolución socialista que se hacía en nombre del mejoramiento del ser humano. En la práctica, resultó ser un engaño dentro de otro: ni el socialismo era capaz de mejorar las condiciones de vida del país, ni el movimiento era realmente socialista. La agenda verdadera fue el engrandecimiento y enriquecimiento personal. El método fue un vulgar asalto de piratas que se hacían pasar por heroicos salvadores. Mientras los cubanos y el resto del mundo no comprendan esto, el mito de la revolución cubana seguirá creando espejismos en la isla y en otros países.

Jorgeas730@aol.com